

Testimonio, historiografía y catástrofe. Viviendo entre las ruinas

FRANCISCO BAUTISTA PÉREZ
MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

I

MARTÍN fue el mejor amigo que tuve en mi vida. Con Martín hemos compartido todo... era un tipo franco y directo, sensible y curioso por la vida... el vacío que dejó Martín Bercovich en mi vida no lo pude llenar más. Siempre supe que sería un amigo de toda la vida y, extrañamente, pese a que ya no está, lo sigue siendo hoy. Su presencia en mi vida es permanente, y me ha convertido en quien soy...

Así relata Marcelo Brodsky la relación con su amigo Martín, un detenido-desaparecido de la dictadura militar argentina (1976-1982). Historias que se repiten una y otra vez, en cada uno de los testimonios de los supervivientes de aquel período siniestro de la historia del país. La misma historia que, sin embargo, al relatarla se transforma en mil historias, en incontables pedacitos de historia, testarudos fragmentos que se niegan, se resisten a ser una sola y la misma.

II

... somewhere in the problematic grey zone

D. LACAPRA

La forma en que las sociedades producen y gestionan los relatos sobre el pasado se ha dado en llamar «políticas de la memoria» (Sonderéguer 2001). En el caso de la historia argentina más reciente el juicio a las Juntas Militares —que abrió un debate nacional sobre la última dictadura militar—, las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida han sido hitos en la manera en que se ha llevado a cabo esa práctica social de producción de sentido sobre uno de los episodios más traumáticos de la historia nacional (Giordano 2001).

Han pasado veinte años desde el final de la dictadura militar y durante todo este tiempo los argentinos han intentado saldar cuentas con el pasado mediante distintas estrategias.

Una, la del olvido, o peor aún, la estrategia de *negación* de hechos traumáticos como la sistemática violación de los derechos humanos en la Argentina que se saldó con la desaparición de treinta mil personas; otra, que llamaremos la del *imperativo de la memoria* (Vezzetti, 2001) que persigue hegemonizar —cuando no monopolizar— las posibles visiones del pasado traumático, construyendo un panorama transparente y claro, habitado por víctimas y verdugos (Jelin, 2001; Giordano, 2001; LaCapra, 2001). La primera de las formas de gestionar la memoria de lo ocurrido tuvo su momento durante la dictadura y en los primeros años de democracia. La publicación del informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, *Nunca Más*, en 1984 y el posterior Juicio a las Juntas Militares en 1985 en el que los miembros de las tres fuerzas dieron cuenta de planes sistemáticos de exterminio de la disidencia política echaron por tierra todos los presupuestos mantenidos por los negacionistas que, entonces, empezaron a acomodar sus argumentos a la evidencia. Se habló de excesos en las prácticas antisubversivas y de *la tesis de los dos demonios*, queriendo equiparar el terrorismo de estado con la violencia guerrillera y explicar la virulencia del primero como consecuencia del terror ejercido durante los años 70 por los movimientos Montoneros y Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). No obstante, las tesis negacionistas y sus variantes han sido desplazadas de la opinión pública argentina. Existe un consenso nacional sobre la violación sistemática de los derechos humanos durante la dictadura militar y la abundancia de publicaciones —aparecidas en los últimos años— que recogen testimonios relacionados con la represión militar son una buena muestra de ese acuerdo colectivo.

III

Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA (Actis et alii. 2001) recoge el diálogo de quienes se salvaron dentro de ese campo de concentración a través del *staff*, dispositivo creado a partir de 1978 para aprovechar el trabajo de los detenidos (Calveiro 1998). Su contexto, sin embargo, ya no es el de los primeros procesos y su forma no corresponde a la del juicio; está impulsado por otros hechos y se inscribe en una cierta *distancia* con los hechos: «Cuando hace tres años [en 1998], y por la apropiación de menores, los militares comenzaron a volver a la cárcel —a más de una década del refugio que les habían dado las leyes y el indulto que los devolvieron a la calle—, sentimos la necesidad de

hablar» (13). La distancia, sin embargo, no diluye el «apasionamiento» ni el «dolor», pues en este libro se dialoga no tanto *acerca* de aquellos años como *desde* ellos, desde su experiencia, inscripción que marca y aloja la condición del testimonio. El libro se abre con una identificación paradójica: «Somos cinco mujeres» (14 y 31) y una precisión en el tiempo: «Empezamos a reunirnos para hilar nuestros recuerdos en 1998» (31). La paradoja de tal identificación se cifra en que no expresa los nombres, que parecen irrelevantes frente al número y al género, en un anonimato quizá no inconsciente, y la datación se resuelve como necesaria toda vez que define las circunstancias de la escena. Son dos aspectos que no pueden obviarse, en cuanto que sitúan la memoria y ofrecen una clave. Sin embargo, cabría decir que es en el encuentro mismo donde reside la apuesta fundamental de este testimonio, su reto. «Nos costó empezar» (31), reconocen, por la «incomodidad» del recuerdo, por la individualidad que supone la experiencia (33) y por la inmediatez que de forma insoslayable atraviesa el diálogo. Éste pretende hacer frente a una vieja máxima legal (y, por extensión, epistemológica) según la cual *testis unus, testis nullus*, y en ese sentido ofrece una imagen del recuerdo contrastada en el intercambio de palabras, de reflexiones, de pasados, y refrendada por él.

Se trata de escribir la historia desde el presente y en íntima conexión con él: «Seguramente este libro sería distinto si hubiera sido escrito varios años atrás, o dentro de una década» (34). La memoria es permanente, pero de ella se ofrece sólo un corte, una actualización, cuyos rasgos tienen que ver no solamente con el azar del recuerdo sino sobre todo con la textura del *ahora*. El recuerdo compartido hace que ese presente sea tanto individual como colectivo, sujeto a los periodos de latencia o incompatibilidad personales (en este sentido se recuerda el caso de Semprún en *La escritura o la vida*), pero también al momento en que se encuentra el trabajo social del luto y de la justicia. Por ello, las autoras tienden un puente entre el comienzo de sus conversaciones y el regreso a las cárceles de algunos de los torturadores: «La gente ahora toma algunas cosas, las comenta, las analiza y puede procesarlas» (287). *Ahora*, más lejos de los hechos, parece posible volver sobre ellos y compartir el recuerdo, pues la *distancia* tiene que ver más con la sociedad que con los testigos. Con todo, lo que en el pasado era la ausencia de un espacio para la escucha amenaza en el presente con transformarse en saturación, cansancio y espectáculo. En relación con los documentales, Miriam señala, por ejemplo: «A mí hay momentos en que me cansa, me siento agotada anímicamente» (286); y al hilo de ello, apunta Munú al hablar de los medios de comunicación: «La contradicción es que sabemos que en parte están usándonos, pero al mismo tiempo ése es el espacio que tenemos y debemos aprovecharlo» (289). La lucidez de esta observación entraña otra pre-

gunta: ¿de qué manera se incardina *Ese infierno* en este contexto? Porque las autoras son perfectamente conscientes de que la mera enunciación del recuerdo no tiene nada que ver con su conocimiento colectivo, hecho que requiere fundamentalmente una atención por parte de los otros. ¿Cómo se justifica entonces la divulgación de este testimonio? La decisión de publicarlo, se dice, fue «el resultado de muchas discusiones», y el primer texto preliminar parece identificar su pertinencia en el hecho de centrarse en la «dimensión humana de esta historia», a través de la cual se intentaría que desapareciera toda tentación de «maniqueísmo» a la hora de contemplarla. En ese sentido, el recurso al diálogo y el tono reflexivo inciden en esa perspectiva «humanista», que impide que el libro se convierta en un anecdotario al servicio de la curiosidad. Tales diálogos se desarrollan dispuestos sobre una estructura posterior que los organiza en una historia lineal desde «los días previos y el secuestro» hasta la «liberación y después». A lo largo de ella, van apareciendo, con el ritmo más o menos recurrente que traduce la condición de una memoria traumática, los contenidos de esa «dimensión humana» del campo: la indistinción entre lo privado y lo público, las formas de dominación y resistencia, la arbitrariedad, el significado del trabajo o la existencia de una zona difícil de definir entre víctimas y verdugos. Con todo, la aparición de esta nómina, que parece reflejar el itinerario de otros testimonios, apunta a la configuración de una *tópica* básica de la experiencia concentracionaria, y permite apreciar la amenaza de una codificación de la memoria, de un «lenguaje estructurado», análogo al de los procesos judiciales al que el texto preliminar pretende contraponer el presente testimonio (13). En efecto, si no tanto en los propios diálogos, sí en su edición, diseño y montaje, en los prólogos, en las citas que abren cada capítulo y en la estructuración del texto, se percibe una cierta modelación del mismo que lo prepara para su recepción y que parece responder a unos componentes que lo identifican ya con una temática y un tono propios, como si se tratara de un género establecido de la memoria. Más que reconsiderar, meditar o discutir asuntos como «la zona gris», «la vergüenza», «la comunicación» o «la violencia inútil», por mencionar tan sólo el subtexto leviniano (Levi 1989), los diálogos se tornan en ocasiones, o ése es el efecto del producto final, en su ejemplificación. De manera que si no en la especie de narrativas heroicas, el testimonio corre el riesgo de mistificarse en un plano más general, bajo la forma de su propia estructura prestigiada, en la que sólo se reconocen las zonas sancionadas por otros espacios, fundamentalmente el del holocausto.

Cierto también que si no tanto por lo que respecta al pasado sino por lo que tiene que ver con los supervivientes, la comparación con el holocausto posee indudablemente efectos positivos:

conlleva cierta restitución de su dignidad y ayuda a su visibilidad en el espacio colectivo, donde su voz se reconoce y obtiene una escucha; permite que su experiencia pueda ser contemplada en la historia, aunque en este sentido se aprecia cierto déficit en la apelación a la propia historia argentina; facilita, por último, la comprensión, la asimilación y la superación del pasado sobre la imagen de acontecimientos análogos y de su propio trabajo del duelo. Así, por ejemplo, Miriam recuerda el testimonio de Semprún, donde «dice que había [en el campo] situaciones de alegría aun en medio de la muerte», para lamentarse a continuación: «¡Pero en la ESMA parece que era un pecado reírse» (99). El espejo de Auschwitz ha de entenderse, entonces, como una *táctica*, un nuevo recurso que permite a las víctimas, en un momento en que aún podrían ser susceptibles de sospecha, enfrentar los efectos perversos del campo y su memoria. El referente sirve para cicatrizar las heridas y con él el sujeto trata de negociar, circunstanciada, provisionalmente, sus recuerdos y su imagen colectiva. Pero si una táctica, según la define de Certeau por contraposición a la estrategia, constituye una «acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio», y puede concebirse como «un arte del débil», que «le permite, si duda, la movilidad, pero con una docilidad respecto a los azares del tiempo, para tomar al vuelo las posibilidades que ofrece el instante» (1980: 43), el trabajo con estos materiales no puede en modo alguno colonizar ese espacio, sino que debe generar otros nuevos donde esas tácticas ya no sean necesarias y donde el pasado pueda interrogarse en todos sus términos. En *Ese infierno*, con todo, las autoras hablan a un tiempo como testigos e intérpretes, y el ejercicio de las tácticas continúa determinado por el espacio concentratorio, inscrito en la proyección traumática de la memoria.

Se diría que es precisamente por ello que las autoras defienden la *conversación*, según reza el título, como una estrategia contra lo que supuso la dictadura y contra sus proyectos: «Decidimos recordar en conjunto, porque creemos que sobrevivir en ese sitio fue una empresa colectiva. El aislamiento era una herramienta que los represores usaban para hacernos sucumbir, para quebrarnos» (32). Pero más allá de esta defensa del diálogo como contrapartida de la materia del recuerdo, puede pensarse también que la conversación sea la figura de un diálogo social que se reclama para el presente, implícito como uno de los objetivos de este testimonio. O como defiende Piglia: «La conversación entre amigos es una condensación cifrada y microscópica de la convivencia posible en medio de la destrucción programada en la Argentina actual» (2001: 9). De manera que los temas desgranados en esta conversación, dispuestos en forma de *collage* a modo de una historia con un desarrollo convencional, buscan posibilidades privadas pero compartidas de la memoria y espacios del pasado con densidad para el presente.

Y así, la aparición recurrente del motivo de la *culpa*, no sólo habría que atribuirla a un tópico reconocido de la escritura testimonial, sino que debe proyectarse también sobre ese diálogo social implícito al que apela *Ese infierno* (velado además en la estructura especular de la lectura), donde sea posible una ética de la memoria y una apertura hacia el futuro. Se trata, en cierta medida, de una conversación *ejemplar*, y no sólo de un diálogo social, sino de la participación en el mismo, de su extensión más allá de la habitación donde surge y se gesta. *Ese infierno* ofrece, entonces, la construcción de un escenario para la memoria y sitúa al lector ante la dramatización de los recuerdos, ante la búsqueda *del* recuerdo (genitivo objetivo y subjetivo) y, sobre todo, ante el designio de la comunicabilidad de su materia.

IV

Hay narradores que escriben porque saben que pueden hacerlo; otros, en cambio, escriben para saber qué pueden escribir.

ALBERTO GIORDANO

Marina intentaba pensar en esto en medio del ruido enervante del tráfico porteño. Recorría mentalmente, como si se tratase de una salmodia, las palabras de Brodsky, y se asombraba del número de veces que la palabra *vida* se abría paso en su breve testimonio. Nerviosa y decidida, miró el reloj y apuró el paso intentando recordar el horario comercial de la ciudad de la que faltaba desde hacia veinticinco años. —Tal vez esté de suerte y la librería del Colegio no cierre a mediodía— se dijo. Efectivamente, la vieja librería que miraba de lado, la esquina en ochava, al no menos centenario Colegio Nacional de Buenos Aires tenía horario corrido y no había excusa para no entrar. Marina se demoró mirando las vidrieras como si necesitara fuerzas, una ayuda extra, un poco más de tiempo o, tal vez, respirar hondo para cruzar el umbral y pedirle al joven librero *La otra Juvenilia*, el libro sobre la *militancia y represión en el Nacional Buenos Aires* de Garaño y Pertot. No había terminado la frase cuando notó que se le iba la voz y oyó cómo el insensible dependiente con sonrisa forzada arremetía: —¿me puede repetir el título?—. Marina carraspeó, intentó aclararse la garganta que no parecía suya y volvió a repetir, palabra a palabra, el título y el subtítulo, los nombres de los autores y la editorial del libro. Todavía hoy cuando recuerda el incidente se pregunta porqué no pidió el libro de forma convencional: —sí por favor, el libro *la otra juvenilia?*— y lo hizo, en cambio, con tono infantil y escolar, no queriendo dejar nada al azar. Tal vez, ella misma se contestaba —porque cuando en-

tré en esa librería volví a tener trece años y hoy, como entonces, una conversación con el joven dependiente me hubiese ruborizado—. —Tal vez, pensó, porque he tardado veinticinco años en querer saber, en poder hacerme cargo de la suerte corrida por Marcia, mi amiga, mi mejor amiga, estudiante del Nacional Buenos Aires y me daba vergüenza haber tardado tanto—.

Con Marcia habían vivido muchas cosas, los primeros amores, las charlas sobre política, sobre maximalistas y minimalistas, bolcheviques y mencheviques, sobre cambios graduales y revoluciones. También los viajes a la playa, a Mar del Plata, a la quinta en las afueras de Buenos Aires. Las primeras lecturas de la colección grandes novelistas y las matinés del cine Aconcagua, los sábados por la tarde. Entre maní con chocolate y caramelos mu-mu, «adiós, cigüeña, adiós» y «la patagonia rebelde» fueron dos de las películas emblemáticas sobre las que discutieron durante meses. Con Marcia habían entrevisto el mundo de los grandes, de los mayores, que se resumía en la portada de alguna novela prohibida que su padre, Don Américo, guardaba en un estante alto de la biblioteca familiar, lejos del curioso e inquieto público juvenil. Las pinturas de Zigro y los grabados de Quinquela Martín, la cerámica diaguita y el mundo más allá del mundo desfilan en la memoria de Marina cuando la recuerda...

La última vez que se vieron fue en el puerto de Buenos Aires. La convulsa situación política y económica del país había precipitado la decisión de la familia de Marina de probar suerte en España. Las dos sabían que éste era un viaje sin retorno o, por lo menos, sin fecha de retorno. En los meses siguientes hubo algún intercambio de cartas. A su llegada Marina le escribió contándole las peripecias de su viaje. La última carta de Marcia está fechada a fines de 1976. En ella cuenta que ha tenido que dejar el Colegio por su vinculación con la ya entonces proscrita Federación de Estudiantes. «El ambiente se ha hecho irrespirable y lo mejor es que me vaya unos meses a casa de mi tía en Saladillo». Años más tarde Marina se estremecería al releer esta carta, sabiendo como sabía entonces que los militares habían creado una tupida red de colaboradores que incluía a porteros, jardineros y otros empleados con acceso a la vida cotidiana de los sospechosos de sedición. A partir de entonces se interrumpe la comunicación y Marina no volvió a saber nada más de Marcia. Nadie parecía saber nada de ella, como si al irse a Saladillo hubiese borrado todo rastro.

Marina volvería una docena de veces a Buenos Aires. En cada viaje visitaba el barrio en el que había vivido y donde estaba la casa de Marcia. Se apostaba en la vereda de enfrente y esperaba con la secreta esperanza de que alguien conocido saliera de la casa. Se acercaba y miraba el número, el portero eléctrico. Todo parecía estar en su sitio, nada parecía haber cambiado. Otro de los rituales

que repetía una y otra vez consistía en asomarse a las puertas del Colegio Nacional Buenos Aires. Se colaba durante la salida de los alumnos y leía con cuidado las notas que aparecían en el tablón de anuncios del pasillo de la entrada. Sólo una vez se atrevió a entrar y debió ser tal su inseguridad, tan claro su nerviosismo que el portero, medio dormido bajo la luz verde de la mesa de entradas, le dio el alto y le comunicó que no podía pasar al claustro sin permiso. En otra ocasión llegó a hablar con el arquitecto encargado del mantenimiento del edificio para solicitar el pase de visita. Nunca llegaría a hacerlo. Nunca pasaría más allá del hall de entrada, del pasillo de los hombres ilustres. La única vez que visitó el colegio fue con Marcia en 1973 y todavía hoy recuerda el respeto que a sus trece años le produjo visitar esa institución decimonónica, pública y elitista en la que se habían formado las mejores cabezas del país.

Ante su insistencia en visitar el Nacional Buenos Aires, un amigo le preguntó los motivos y Marina consiguió describir —no sin cierta culpa y vergüenza— la vinculación del lugar con su amiga Marcia y con su propia juventud. Fue este amigo quien le recomendó leer dos libros recientes sobre la historia del colegio. Uno, escrito por dos estudiantes que no vivieron la represión y que se incorporaron a sus aulas en plena democracia; otro, el de Marcelo Brodsky, un trabajo fotográfico en el que se habla de la suerte corrida por sus compañeros de promoción. Le interesaba más el primero porque creía que tal vez en él alguien le pudiera decir algo sobre Marcia.

Con el libro en la mano, con ese texto sobre la historia reciente del Nacional Buenos Aires cruzó la vereda de la librería y se apresuró a abrir el libro. Mientras manipulaba el envoltorio de celofán vio una lápida de azulejo en la que nunca había reparado y que hacía referencia a la represión de los estudiantes de La Plata —y por extensión a todos los estudiantes— durante la dictadura militar: «a pesar de la noche, los lápices siguen escribiendo» que, en su estado de ánimo, ella tradujo como «a pesar del (tu) olvido, la (tu) memoria supura». Miró el índice, estructurado en cuatro tiempos, un *Antes* —en referencia al Colegio desde 1971 a 1976—; un segundo tiempo, *La dictadura*; un tercero, *después*; y para cerrar el cuarto y último, *Presente*. Como parte de los anexos, la lista de los alumnos y ex alumnos del Colegio víctimas del terrorismo de Estado. Pasó las hojas y comprobó con alivio que Marcia no estaba, no figuraba como víctima en esa lista que registraba los detenidos-desaparecidos de todas las promociones de la institución. —Seguramente, pensó, después de la temporada en Saladillo habrá salido del país—. Ya en 1974, amenazada su familia por la Triple A, habían conseguido visados para una eventual salida expeditiva hacia México. Buscó también en el índice onomástico y tampoco encontró nada relacionado con ella. Sintió cierto alivio al saber que, seguramente, Marcia estaba viva. Más tranquila, Marina volvió al hotel, se encerró en su habitación y comenzó a leer el libro.

Durante años el «no querer saber» la suerte corrida por Marcia, el no poder hacerse cargo de la historia de su amiga había clausurado un capítulo importante de su propia historia. Recordaba, podía rememorar parte de esa historia compartida pero todo parecía congelado, como si esas experiencias pertenecieran a otra persona o ella las hubiese tomado de vidas ajenas. La memoria había permanecido —o al menos era lo que Marina creía— pero era una memoria mecánica, despojada de todo afecto y sentimiento, desgajada y fracturada, casi muerta.

V

Instalarse en el dolor (Todorov, 2000), ritualizar la historia trágica del horror (Jelin, 2001), despolitizar la lucha contra la dictadura militar son algunos rasgos de esta política de la memoria que creemos es hegemónica hoy en la Argentina. Uno de los primeros signos de esta forma de gestionar la memoria procede de la proliferación de literatura testimonial frente a otros géneros discursivos. De acuerdo con una prolija selección bibliográfica realizada en 2001 (Altekrüger, 2001), de los 168 títulos elegidos, 125 pertenecen a géneros como testimonio, narrativa, drama, poesía y crítica literaria y 44 a historia, ciencias políticas y sociales. De estos últimos sólo 3 tratan de explicar o de hacer inteligible la lógica, perversa, de la dictadura militar de 1976: E. Anguita y M. Caparrós (1998), *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Vol 3: 1976-1978*; H. Quiroga y C. Tcach (1996), *A veinte años del golpe: con memoria democrática*; C. M. Túrolo (1996), *De Isabel a Videla: los pliegues del poder*. El resto de los trabajos son análisis o informes sobre la represión, la violación de los derechos humanos o la expropiación de identidades. Nada sobre los contextos sociales, políticos o económicos que podrían ayudar a entender lo que ocurrió entre 1976-1983. Este año ha aparecido un trabajo de Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar, 1976/1985* publicado por Paidós dentro de la colección de Historia Argentina que dirige T. Halperin Donghi, que intenta aportar cierta luz al período y que promete ser una mirada lúcida sobre el pasado reciente.

Esta falta de otros discursos, distintos del testimonial, puede leerse como un síntoma, un signo de algo más profundo: la resistencia de la sociedad argentina a asumir responsabilidades en el golpe de estado de 1976 y en la historia traumática que le siguió. El género testimonial no pretende incorporar lo acontecido a un relato general que le de sentido y que permita establecer una continuidad entre entonces y ahora. En todo caso el testimonio «es una palabra que recoge un vacío, un grito, una ausencia» (Mélích, 2001), sólo se puede dar testimonio de lo increíble, de lo que no puede someterse

a prueba, a comprobación (Derrida, 1997). El testigo da cuenta de que algo pasó, describe cómo pasó, da fe de lo que le pasó o de aquello por lo que pasaron los otros, los que ya no están, los verdaderos testigos, los que no han sobrevivido, aquellos que llegaron hasta el final de la experiencia y murieron en ella (Semprún, 2001). El testimonio conmueve, mueve a la empatía, permite una lectura cómplice pero tiene sus límites. No se trata de rechazar la literatura testimonial que cumple un incuestionable papel sino de abrir los cauces para que también circulen otros géneros, otros discursos. Se trata de evitar que el género testimonial colonice, o pueda llegar a hacerlo, todo testimonio.

Hay que distinguir entre describir situaciones históricas traumáticas y escribir sobre esas situaciones (LaCapra, 2001). Son ejercicios diferentes, irreductibles e igualmente necesarios. La escritura testimonial que escribe y describe lo traumático opera individualmente, la escritura sobre traumas históricos tiene un cometido colectivo. En el caso argentino la abundancia de testimonios no se ha visto acompañada del necesario ejercicio de contextualización de esos relatos, de la aparición de trabajos capaces de ofrecer marcos de análisis más amplios. Han pasado ya veinte años del final de la dictadura, tal vez sea tiempo de saber, de averiguar por qué pasó lo que pasó, de interrogar al pasado, de negociar con él. Tal vez si nos atrevemos a mirar seamos capaces de aprender algo sobre nosotros mismos. No se trata de culpar ni tampoco de formular preguntas que no tienen respuesta como aquella que salpicó la opinión pública argentina en los meses siguientes a la caída del gobierno militar: ¿qué clase de seres humanos somos para permitir que 30.000 personas fueran secuestradas, torturadas y asesinadas durante casi una década sin que casi nadie levantara la voz? Se trata más bien de entender que hay procesos que siendo comprensibles de forma individual pueden tener consecuencias nefastas en lo colectivo. ¿Por qué los argentinos no respondieron de manera más activa a la sistemática violación de los derechos humanos en la década de 1970? Por miedo. La historia está llena de ejemplos parecidos y, desafortunadamente, es muy probable que esos ejemplos no constituyan reliquias del pasado. Tal vez la primera pregunta —¿qué clase de seres humanos...?— sólo admita una respuesta: seres humanos. No es la calidad de los individuos lo que ha determinado el consenso o cierto consentimiento social hacia la política represiva de la dictadura, más bien el debate debería centrarse en el problema institucional, en la deficiencia institucional que todavía hoy aqueja a la sociedad argentina. La dictadura militar, más que nunca, revaloriza la importancia de la política. Pues la pregunta leviniana sobre «si esto es un hombre» se desplaza en el caso argentino hacia otra interrogación: si esto es una sociedad.

De igual forma se podría preguntar ¿por qué en la Argentina no se han podido tender puentes entre el *doy fe* de la literatura testimonial y posibles explicaciones a la debacle del último gobierno militar? Y aquí una vez más se requiere de cierta comprensión por parte del lector y del reconocimiento de esas dos lógicas de las que hablábamos en el párrafo anterior, la individual y la colectiva. Marcelo Brodsky (Brodsky, 1997: 7) en uno de sus trabajos gráficos nos contesta, citando a Levi:

Forse quanto è avvenuto non si può comprendere, anzi, non si deve comprendere, perché comprendere è quasi giustificare.

Quizás lo que ha sucedido no se deba comprender, sí, no se debe comprender, porque comprender es casi justificar.

La sociedad argentina tiene hoy una asignatura pendiente, la de producir y gestionar relatos sobre el pasado reciente. La aceptación de la historia traumática que tuvo lugar entre 1976 y 1983 no es suficiente. Ni siquiera es suficiente la amplia difusión que está teniendo la literatura testimonial ni la solidaridad con el dolor ajeno. Creemos que esa sociedad tiene la obligación de asumir un *querer saber* que incluya su propia responsabilidad en lo acontecido, un querer saber que albergue también aquello que preferiría olvidar. Y aquí en este trabajo de revisión, de crítica y de duelo no hay atajos. Con demasiada frecuencia se intenta obviar o evitar el análisis de lo ocurrido estableciendo una asociación tramposa: el genocidio o los crímenes contra la humanidad que tuvieron lugar en la Argentina en este período son una reedición del genocidio nazi. Toda la literatura testimonial está atravesada por esta constante que puede parecer una forma económica de hacer inteligible el dolor de los testigos y las víctimas. Creemos, sin embargo, que es una estrategia errónea y que delata esa resistencia a intentar entender —por miedo a justificar— lo ocurrido. No querer saber, no querer entender puede ser una posición comprensible en el caso de las víctimas, de sus familiares, pero es una necesidad colectiva. De lo contrario, si se asume que lo acontecido no puede y no debe tener explicación estaríamos aceptando que lo ocurrido entraría en el ámbito de lo indecible, de lo sublime, de lo sagrado. Si esto es así recordar con Canclini que lo sagrado consiste en «un cierto orden social que no puede ser modificado, y por esto es visto como natural o sobrehumano: «(...) es lo que desborda la comprensión y la explicación del hombre y lo que excede su posibilidad de cambiarlo» (Canclini, 1990: 179).

Nuevas políticas de la memoria que se atrean a conjugar testimonio y análisis, que no pretendan monopolizar la palabra, que no quieran hablar por los que ya no están, que sean capaces de dialo-

gar con el pasado para permitir a las nuevas generaciones releer y encontrar otras claves en la traumática historia reciente. Tal vez así la muerte de nuestros muertos no haya sido en vano.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (1984), *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Eudeba.
- ACTIS, Munú; ALDINI, Cristina; GARDELLA, Lilliana; LEWIN, Miriam y TOKAR, Elisa (2001), *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana.
- AGAMBEN, Giorgio (1998), *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos.
- (2001), *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Valencia, Pre-textos.
- AIZENBERG, Edna (2001), «Las piedras de la memoria: Buenos Aires y los monumentos a las víctimas», *Iberoamericana (Dossier Políticas y poéticas de la memoria en Argentina)*, I, 1; págs. 121-132.
- ALTEKRÜGER, Peter (2001), «La dictadura militar argentina en la memoria: bibliografía selecta», *Iberoamericana (Dossier Políticas y poéticas de la memoria en Argentina)*, I, 1; págs. 133-140.
- AUGÉ, Marc (1998), *Las formas del olvido*, Barcelona, Gedisa.
- ANGUITA, Eduardo y CAPARRÓS, Martín (1998), *La voluntad: una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, vol 3, 1976-1978, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- AVELAR, Idelber (2000), *Alegorías de la derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago de Chile, Cuarto Propio.
- BRODSKY, Marcelo (2001), *Memory Works*, Salamanca, Universidad de Salamanca/Universidad de Valladolid.
- CALVEIRO, Pilar (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.
- DE CERTEAU, Michel (1980), *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- DERRIDA, Jacques (1997), *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*, Buenos Aires, Manantial.
- GARAÑO, Santiago y PERTOT, Werner (2002), *La otra Juvenilia. Militancia y represión en el Colegio Nacional Buenos Aires, 1971-1986*, Buenos Aires, Biblos.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Barcelona, Grijalbo.
- GIORDANO, Alberto (2001), «Tiempo de exilio y escritura de recuerdos: En estado de memoria, de Tununa Mercado», *Iberoamericana (Dossier Políticas y poéticas de la memoria en Argentina)*, I, 1; págs. 113-120.
- JELIN, Elizabeth (2001), «Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra», *Iberoamericana (Dossier Políticas y poéticas de la memoria en Argentina)*, I, 1; págs. 87-97.
- LACAPRA, Dominick (2001), *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press.
- LEVI, Primo (1989), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, El Aleph.

- MÉLICH, Joan-Carles (2001), *La ausencia de testimonio: ética y pedagogía en los relatos del Holocausto*, Barcelona, Anthropos.
- MERCADO, Tununa (1990), *En estado de memoria*, Buenos Aires, Ada Corn.
- NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente (2003), *La dictadura militar, 1976/1985*, Buenos Aires, Paidós.
- FIGLIA, Ricardo (2001), *Tres propuestas para el próximo milenio («y cinco dificultades»)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- QUIROGA, Horacio y TCACH, César (1996), *A veinte años del golpe: con memoria democrática*, Rosario, Homo Sapiens.
- SEMPRÚN, Jorge (2001), *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets.
- SONDERÉGUER, María (2001), «Los relatos sobre el pasado reciente en Argentina: una política de la memoria», *Iberoamericana (Dossier Políticas y poéticas de la memoria en Argentina)*, I, 1; págs. 99-112.
- TELLA, Andrés Di (1999), «La vida privada en los campos de concentración», en *Historia de la vida privada en la Argentina. T. III: La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*, dir. Fernando Devoto y Marta Madero, págs. 79-105.
- TODOROV, Tzvetan (2000), *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.
- TÚROLO, Carlos M. (1996), *De Isabel a Videla: los pliegues del poder*, Buenos Aires, Sudamericana.
- VERBITSKY, Horacio (ed.) (1985), *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina. 1976-1978*, Buenos Aires, Ediciones de la Urraca.
- VEZZETTI, Hugo (2001), «El imperativo de la memoria y la demanda de justicia: el Juicio a las juntas argentinas», *Iberoamericana (Dossier Políticas y poéticas de la memoria en Argentina)*, I, 1; págs. 77-86.